



HISPANIA NOVA
Revista de Historia Contemporánea

Núm. 17, año 2019

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

<http://www.uc3m.es/hispanianova>

RECENSIONES

Pedro RÚJULA y Javier RAMÓN SOLANS (eds.): *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017, 356 páginas, por **Josep Escrig Rosa** (Universitat de València), josep.escrig@uv.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2019.4531> :

Durante años, entre los historiadores españoles pareció que las fuerzas contrarias al cambio que supuso la Revolución estuvieron condenadas a ser definidas a partir de aquello a lo que se oponían. Adoptando una perspectiva finalista, estas fueron examinadas desde la óptica y criterios de la opción que terminó por imponerse, el liberalismo. Igualmente, cuando se realizaban estudios monográficos sobre el particular, se incidía en el lastre que supuso su permanencia para la construcción de los modernos Estados-nación frente a lo avanzado de las otras corrientes políticas. Baste recordar que para Javier Herrero los reaccionarios fueron los responsables de que el liberalismo no evolucionara a la democracia en España, sumiendo el país en una larga guerra civil desde que Fernando VII derogara la *opera magna* gaditana en mayo de 1814. Estas apreciaciones, evidentemente, deben ser situadas en los años finales de una larga dictadura de signo profundamente reaccionario con la que se quería romper para siempre. En un contexto distinto, un decenio antes Jacques Godechot había publicado una obra que Herrero no pareció conocer, *La Contre-révolution. Doctrine et action, 1789-1804* (Presses Universitaires de Paris, 1961). El que fuera discípulo de Albert Mathiez y George Lefebvre argumentaba sobre la «modernidad» de las ideas y praxis de aquellos que tradicionalmente habían sido rechazados por retardatarios. La Revolución Francesa no podía ser entendida en todas sus dimensiones y complejidad sin atender a las respuestas de aquellos que se le opusieron. Andando el tiempo, de una u otra forma ha sido Antoine Compagnon el que ha popularizado dicha apreciación en *Les Antimodernes* (Gallimard, 2005).

La renovación historiográfica que se está produciendo en los últimos años en la península ha permitido resituar el lugar que dichos sectores ocuparon en el tránsito del

Antiguo Régimen hasta la consolidación de los Estados-nación avanzado el ochocientos. Frente a lecturas teleológicas, se propone ahora una visión integrada y dialéctica del proceso en el que se tengan en cuenta todos los componentes del mismo. El mundo contemporáneo se fraguó sobre el eje revolución-reacción, siendo su peso mucho mayor de lo que se pensaba a uno y otro lado del Atlántico. El trabajo que hoy nos ocupa forma una parte sustancial de esta línea de investigación. Dos motivos lo avalan. Por un lado, porque atiende al carácter plural y polisémico de aquellos que hicieron frente a la Revolución. Antiilustrados, absolutistas, serviles, antiliberales, reaccionarios, tradicionalistas, contrarrevolucionarios... no pueden equipararse sin más a un genérico. Con todo, cabe advertir que en muchas ocasiones las fronteras entre estos grupos son difusas y que en los primeros momentos no vamos a encontrarnos con categorías nítidamente definidas, sino más bien con conceptos construidos *ex post* para referirnos a ellas. Por otro, porque abarca una cronología amplia que, a pesar de la naturaleza distinta de los veinte ensayos que integra, permite observar las transacciones, rupturas y continuidades de dichas manifestaciones. *El desafío de la revolución* es el resultado de una investigación colectiva dentro del proyecto «Restauración y monarquía en los orígenes del Mundo Contemporáneo. España y Europa, 1814-1848» que se ha venido coordinando por parte Pedro Rújula y Javier Ramón Solans en distintos encuentros realizados en la Universidad de Zaragoza. Los cuatro ejes en los que está organizado el libro –monarquía, movilización, guerra de ideas y religión– se vertebran en torno a las siguientes cuestiones: ¿se transformaron los fenómenos contrarrevolucionarios para hacer frente al reto que supuso la ruptura revolucionaria?, ¿cómo se conjugaron los viejos y los nuevos mecanismos de legitimación?, ¿qué encaje encontraron en los emergentes Estados-nación? o, en definitiva, ¿podemos decir que formaron una parte sustancial de la modernidad?

En la línea de sus últimos trabajos, Pedro Rújula rastrea cómo los vínculos que existían en el Antiguo Régimen entre la sociedad y la Corona fueron utilizados por esta a partir del contexto que se abrió con la Guerra de la Convención. De ello resultaron fórmulas inéditas de legitimación entorno a un patriotismo monárquico de nuevo cuño cuyo poso serviría de base a las juntas que se organizaron tras la crisis de 1808. En su momento Richard Hocquellet ya señaló que aunque el contexto fuera nuevo y las circunstancias excepcionales, el viejo entramado social sirvió para sustentar este movimiento que emergió

desde las provincias. Un potencial movilizador que sin duda fue aprovechado por Fernando VII a su regreso de Valençay. A pesar de que el caso español sea atípico por la situación de encierro que vivió su monarca y los imaginarios que ello generó, lo que se puso en evidencia fue el papel clave que tenía la Corona en la recomposición de un mundo que se percibía alterado. Salvando las distancias, ello ayuda a explicar en gran medida la importancia que tuvo la monarquía en el proceso de unificación italiano, que supuso el paso de la dinastía borbónica a los saboya, tal y como explica Silvia Sonetti. En este sentido, Carmine Pinto aborda la resistencia de los duosicilianos que no aceptaron la derrota, convirtiendo a Francisco II en el abanderado de un amplio y heterogéneo movimiento que se mantuvo latente durante toda la década de 1860, a pesar de haberse convertido en una causa perdida. Pero también los imaginarios monárquicos estuvieron presentes al otro lado del Atlántico, aunque todavía quede mucho por investigar. Sabemos que las guerras de independencia hispanoamericanas acabaron llevando a la implantación de repúblicas –con la excepción del Brasil–, pero la idea de enviar príncipes siempre estuvo latente. Como explica Ivana Frassetto a partir de los debates en la Europa de los Congresos, Inglaterra, la Santa Alianza y una Francia obligada a ver doble se disputaron la suerte del continente americano. Ilusoriamente, España nunca perdió la esperanza de llevar a cabo una efectiva reconquista de sus antiguas colonias, lo cual, en acertado juicio de Jean-Philippe Luis, resultó un imposible a tenor de su estado financiero.

La capacidad de movilización fue otro de los resortes que sirvieron a los contrarrevolucionarios para disputarse a la ciudadanía creada por el discurso liberal. Como demuestra Álvaro París para 1825 y 1827, las clases populares realistas no fueron simples agentes pasivos instrumentalizados por las élites o movidos por un criterio de irracionalidad, sino actores pragmáticos que negociaron sus intereses hasta el punto de entrar en colisión con el propio absolutismo restaurado. De hecho, la contrapolitización reaccionaria que estudian tres investigadores del País Vasco –Andoni Artola, Javier Esteban Ochoa y Koldo Ulibarri– a partir del caso de un herrador y sus redes abre interesantes vías para tratar de explicar el arraigo que tuvo el carlismo en el norte de España. Hacer frente a la Revolución implicaba contar con las clases populares mediante un proceso de ideologización que, en este caso concreto, pasaba por el uso de la lengua vasca y la mitología foral. De este espíritu movilizador bebieron en parte los intentos por estructurar formalmente la causa transnacional de la contrarrevolución a partir de 1848,

cuyos aspectos teóricos son abordados por Alexandre Dupont. Pero también hubo límites a estas pretensiones. En el caso que explora Gregorio Alonso, la creación de un cuerpo de voluntarios españoles para defender el dominio temporal del Papa en 1850 resultó un fracaso ante el escaso apoyo conseguido, especialmente notorio entre las filas carlistas. Cabe señalar en todo caso que el fenómeno de las redes internacionales de naturaleza reaccionaria resulta mucho anterior, aunque todavía sea un campo de investigación prácticamente desierto, especialmente en las circulaciones recíprocas entre Europa-América. Valga como ejemplo el *Nuovo Vocabolario filosofico-democratico* (1799) de Lorenzo Thjulen –del cual se ocupa Gonzalo Capellán–, el cual fue sucesivamente reeditado en España, Italia, Portugal y México durante la primera mitad del ochocientos.

En cuanto a la contienda que tuvo lugar desde el campo de la publicística, Carolina Armenteros se ocupa de las lecturas históricas que realizaron los monárquicos franceses en el tránsito del XVIII al XIX. Se trata de un planteamiento que no cuenta con un equiparable entre la historiografía española, donde sigue privilegiándose para estos momentos el acercamiento a las historias escritas por los liberales, obviando, por ejemplo, que la *Apología del Altar y del Trono* (1818) de Fray Rafael de Vélez fue, como su propio título indica, una *Historia* en clave reaccionaria de las Cortes de Cádiz y sus antecedentes inmediatos. Pocos ponen en duda que la historia se convirtió en el ochocientos en la mejor manera de poder pensarse políticamente. Las distintas interpretaciones sobre la Revolución Francesa acabaron resultando en el contexto de la III República una pugna sobre su propia naturaleza. A través de los *Brochures populaires sur la révolution* (1875-1889) publicados por los círculos legitimistas, Antonio de Francesco repasa su intento por contrarrestar las interpretaciones revolucionarias del nacimiento de la República, ofreciendo un relato alternativo basado –al igual que sus contrarios– en una lectura directa y científica de las fuentes. Los contrarrevolucionarios interiorizaron desde muy pronto –y a su pesar– que la imprenta era un medio eficaz para disputar el proyecto cultural y político de la Revolución. En este sentido, Fernando Durán y Gonzalo Butrón se ocupan de algunas de las principales cabeceras periodísticas aparecidas entre 1810 y 1823, mostrando con ello la capacidad de adaptación de los fenómenos reaccionarios a la hora de conquistar la tribuna pública. Mientras que en el momento gaditano los enemigos comunes fueron englobados en los afrancesados y liberales, en los umbrales de la segunda restauración el espectro se ampliaría hasta anatemizar cualquier tipo de posible transacción o salida moderada como

auspiciaron Francia y Gran Bretaña. El retorno al orden natural requería de intransigencia. Así se explica la paralización del tiempo histórico que Marie Salgues detecta en las obras teatrales de alabanza al Fernando VII restaurado.

Los debates en torno al concepto de secularización y los vínculos entre religión, nacionalismo y modernidad han ocupado recientemente la atención de los historiadores españoles, especialmente en la revisión del tópico sobre el «fracaso». Pero no es un tema nuevo. Se trata de una línea de trabajo sobre la que han venido reflexionando Daniele Menozzi y Roberto Di Stefano, para Italia y Latinoamérica, respectivamente. Sus estudios ponen de manifiesto la enorme capacidad que tuvo la Iglesia para adaptarse, tanto ante la embestida de un patriotismo sacralizado como en contextos de creciente secularización. La realidad decimonónica resultó más poliédrica que el desarrollo lineal e irreversible planteado desde las teorías de la modernización. Sobre la base de estas cavilaciones se pueden situar los dos últimos trabajos a los que vamos a referirnos. A través de la trayectoria del franciscano Sebastián Sánchez Sobrino, Antonio Calvo analiza lo que denomina como «contrarrevolución ilustrada española». Es decir, un autor que partiendo de la ilustración católica acabará formando parte de las filas de la reacción, aunque no por ello renegará de su herencia. Mucho más cercano a las reformas que al oscurantismo apocalíptico, su caso permite cuestionar el desarrollo genealógico que tradicionalmente se ha establecido entre la Ilustración y el liberalismo, ofreciendo un panorama mucho más rico en matices en los albores de la contemporaneidad. Sin apartarnos del referente religioso, dentro del proceso de feminización del catolicismo que ha estudiado Raúl Mínguez – especialmente para la segunda mitad del ochocientos– cabe destacar dos cuestiones. Por un lado, el modelo de feminidad liberal fue reinterpretado por la tradición católica dando lugar a una poderosa asimilación en clave ultramontana entre la Virgen María y el papado, cuyo incremento de autoridad culminaría en 1870. Por otro, al calor de estas transformaciones, las mujeres se convirtieron en un resorte imprescindible en la recristianización de una sociedad amenazada por el avance de la Revolución.

Los contrarrevolucionarios trataron de hacerle frente mediante todos los recursos que hemos reseñado. Pero lejos de pretender un retorno ingenuo e inocente al Antiguo Régimen, aprovecharon el nuevo contexto de incertidumbre para proyectar sus expectativas hacia un futuro que acabó por mostrarse igual de transgresor que el propuesto por sus contrarios. No adoptaron una posición meramente defensiva o fueron a la zaga de

los cambios, como en algún trabajo parece plantearse, sino que formaron una parte integral y constitutiva del fenómeno revolucionario. Conscientes de las limitaciones de los tradicionales medios de movilización, no dudaron en transformarlos o acudir a nuevos mecanismos de legitimidad. De todo ello da perfecta cuenta *El desafío de la revolución*, mostrando hasta qué punto resulta necesario referirse al proceso de la modernidad en plural, conjugando todos los resortes, movimientos y fuerzas políticas que la hicieron posible.